
CUENTO

Sueño de paz

ALBERTO URIBE ROJAS*

- ¿A dónde vas hijo? - ¡Por el mundo!
- Pero, y dónde vivirás, qué comerás; sin amigos! Noo!
Esta es tu casa! Tu lugar.
Aquí es donde debes estar!
- El mundo también es mi casa y habrá lugar para mí.
Aquí tengo paz; en mi otra casa no la hay. Por eso quiero viajar
por ella y poner mi granito de arena para ayudarle a recuperar la
paz.
- ¿Y cómo lo harás?.
- Muy simple: con mis poderes!
- ¿Poderes?. ¿Cuáles?
- Pues los mismos que tienen todas las personas. . . gobernantes,
líderes, empleados, soldados, estudiantes, pobres y ricos!
- ¡Todos!
- Sí hijo, ¿pero cuáles son esos poderes?
- Los que todos tenemos desde que nacemos, tú, mis primos, mis
amigos, en fin. . .
- Ya hijo, ¡dilos de una vez!
- Mi poder de la paz, primero que todo. Mira, todos nacemos en
paz, ¿o es que acaso tu has visto nacer a alguien empuñando un
fusil?, ¿o mirando a la madre que lo ve nacer, con el odio encendi-
do en sus ojos?, ¿o quizás mostrando en su frágil y diminuta mano
una piedra dispuesta a la revuelta?.
- No, claro que no hijo!
- Ahora veo que me comprendes. A eso es que voy por el mundo,
a tratar de recuperar esa paz innata, común en todos y que está de-
sapareciendo poco a poco.

* Alumno de la Universidad Central. El cuento fue declarado Primer Puesto en Lati-
noamérica en el concurso "Los Jóvenes por la Paz Mundial", que tuvo lugar en
San Salvador, con motivo de la Conferencia Continental de la Cámara Junior entre
el 11 y el 14 de junio.

¡Escucha!. Mi paz será esparcida como semilla mágica en los campos de batalla; detrás de los cañones; en las manos dispuestas al disparo; en los labios belicosos de aquellos que no escatiman palabras para ofender al enemigo desde las trincheras.

Mi paz como semilla mágica llegará hasta el fusil del soldado herido para convertirlo en cayado y darle apoyo.

Estará también en las tierras áridas del mundo para hacerlas fértiles en alimentos que calmarán el hambre más aguda.

Mi paz será ese poder que hará renacer de nuevo en el alma del mundo, sin discriminación de raza, credo, religión o lengua, esa paz que el mismo hombre se encargó de borrar de su corazón y que, no es otra cosa que la armonía y hermandad que debieran perdurar entre todos los países del mundo.

—Bueno hijo. . . ¿y los otros poderes?.

—El de la voluntad de acción, pues nada se logra si sólo se desea algo sin la acción y ya me voy porque se me hace tarde.

—Espera hijo, se me ocurre algo!

—¿Qué mamá?

—Por qué no invitas al hijo de nuestro vecino?. Quizás te quiera acompañar.

El también está en vacaciones.

—Ya lo hice anoche mamá y me está esperando en el ala derecha de “Avejuniór” la paloma de la paz.

Yo viajaré cómodamente en el ala izquierda. Hasta pronto mamá!

—Hasta pronto hijo!

—¡Mijo!. Despierta ya que se te hace tarde para ir al colegio!

—¡Uhyyy qué pereza. . . ¿Madre, sabes lo que soñé anoche?.

—No hijo, ¿qué soñaste?

—En la paz que necesita el mundo!

—Es cierto hijito!

—¿Y sabes que creo madre?

—Dime!

—Que la paz del mundo no debería ser sólo un sueño.